

LA SIRENA



61-
672-
BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

LA

672-
42
SIRENA

EL RUISEÑOR.—HISTORIA DE UN PATO

POR

ANDERSEN

TRADUCCION CASTELLANA DE GARCIA-RAMON

Ilustraciones de Yan'Dargent

—
NUEVA EDICION
—



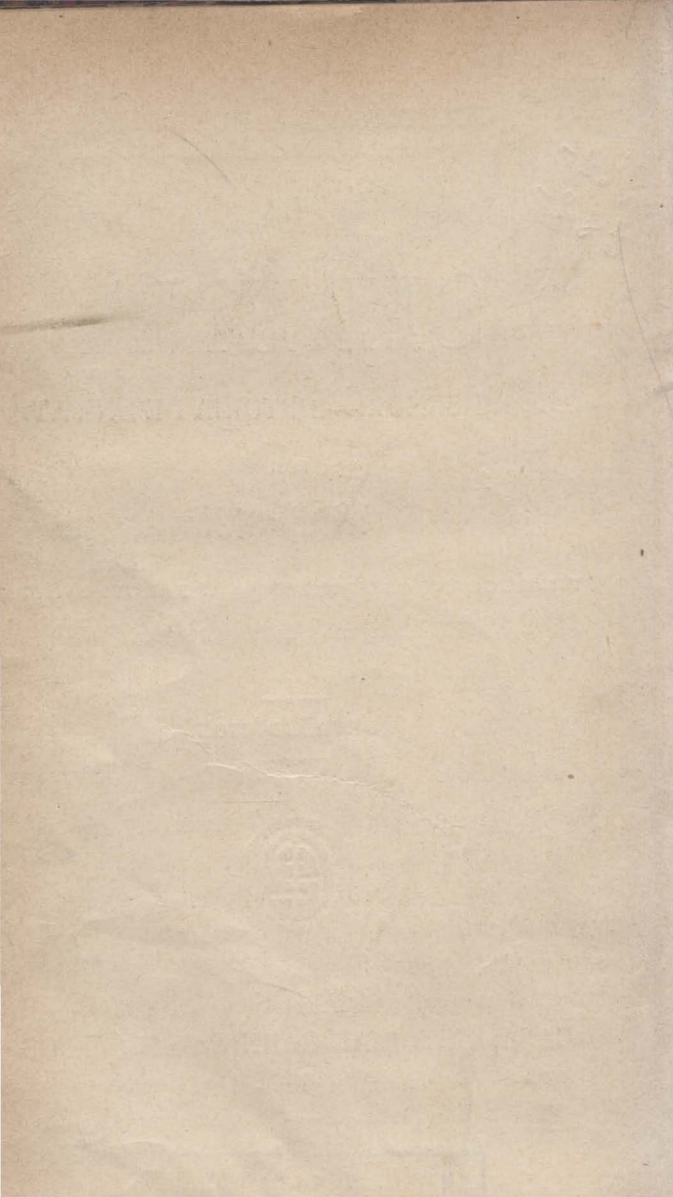
PARIS

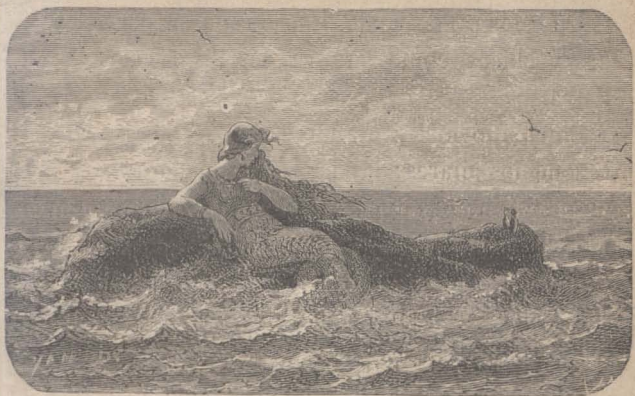
CASA ÉDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS





LA SIRENA

En las soledades del Océano, el agua del mar es azul como la corola de los mas frescos acianos, clara como el cristal mas puro, y tan honda, que no hay ancla que pueda tocar el fondo donde habita el pueblo marino.

No creáis que en esta profundidad existe solo una capa de arena ; crecen allí los vegetales mas caprichosos que, como si tuviesen vida, agitan sus flexibles ramas á la menor fluctuacion de las olas ; y

entre estas ramas se deslizan ó reposan peces grandes y chicos como las aves en los árboles de la tierra.

En el sitio mas profundo se levanta el palacio del rey de los mares; las paredes son de coral y las grandes ventanas ogivales de purísimo ámbar. Compónese el techo de brillantes conchas que se abren y cierran á impulsos de la corriente, dejando ver en sus óvalos perlas tan magnificas que una sola valdria todas las joyas de una reina.

Hacia algunos años que el rey del mar estaba viudo, y gobernaba la corte su anciana madre, mujer inteligente, enorgullecida de su prosapia hasta el punto de llevar doce ostras nacarinas en la cola, cuando las damas del mas alto linaje tenian solo derecho á seis.

Aparte de esta presuncion era una excelente señora que educaba con esmero á sus seis nietecitas, las princesas del mar; lindas eran estas, pero descollaba entre todas la mas jóven. Tenian el cutis suave y trasparente como una hoja de rosa, ojos azules y profundos como los lagos de los Alpes, y como todas las de su raza, su gracioso cuerpo terminaba en cola de pez.

Pasaban el dia jugando en el palacio, recorriendo los salones en cuyas paredes se hallaban incrustados animales extraños con formas de flores. Abrian

las ventanas de ámbar y, como en el suelo las mariposas, los peces acudían para dejarse acariciar por las princesas y comer en sus manos.

Un vasto jardín se extendía delante del palacio,



plantado de arbustos con flores azules y encarnadas, y frutos relucientes como el oro, que despedían admirables cambiantes meciéndose al vaiven del oleaje. La arena que alfombraba las sendas era finísima, azulada como una llama sulfúrea; en verdad, todo tenía un reflejo azulado como si se hallase en

la cima de los Alpes y no en el fondo del mar.
Cuando la superficie del Océano estaba serena, el



sol se apercibía como una gran flor purpúrea de un
fulgor resplandeciente.

Cada princesa poseía un jardincillo particular que podia cultivar á su antojo. Una lo diseñaba en forma de ballena ; dábale otra el aspecto de una sirena; la mas jóven lo trazó en círculo para que se asemejase al sol, y no cultivó en él mas que flores de grana.

Era una niña singular, pensativa y callada. Un dia que un soberbio buque se hundió en el Océano, dejó á sus hermanas repartirse las joyas y preciosos objetos que contenia, y solo tomó un ramillete de rosas que la recordaba el sol y una hermosa estatua de mármol blanco representando un agraciado jóven. La colocó en su jardin debajo de un arbusto parecido al sauce que, gracias al reflejo de la arena, la teñia de un tono violado.

El mayor placer de la princesa era oír hablar de la raza humana que habita fuera de las ondas. Fué tan zalamera para su abuela que esta la contó cuanto sabía de los hombres y animales terrestres, y de lo que en los buques y ciudades pasaba. Lo que mas la sorprendia era que las flores de la tierra fuesen perfumadas, siendo así que las del mar no tienen aroma ; que los bosques fuesen verdes y que los *peces* de los árboles cantasen tan bien. La abuela decia *peces* en lugar de pájaros porque como las princesas no los habian visto nunca, no habrian podido formarse idea de ellos.

« Cuando tengáis quince años, decia la abuelita, podréis subir á la superficie del mar, descansar en las

rocas á la claridad de la luna, y ver pasar las naves de los hombres. Veréis entónces bosques y ciudades. »

La hermana mayor iba á cumplir los quince años,



y como mediaba de una á otra un año de intervalo, la mas jóven tenía que esperar aun cinco años ántes de subir á la superficie de las aguas y ver lo que hacian los humanos. Pero, las otras la prometieron

contarla lo que vieses el primer día de su salida. Todas tenían suma curiosidad por conocer la vida de los hombres, aunque ninguna tanta como la mas jóven.

Muy á menudo, pasaba horas de la noche á la ventana, tratando de traspasar con la vista la masa de agua do los peces jugueteaban. Distinguía la luna y las estrellas mas pálidas, pero mayores que nosotros las vemos; á veces pasaba una mole negra que era ó una ballena ó un buque lleno de hombres hácia los cuales la princesa, ansiosa, alzaba sus manecitas.

Al fin llegó el día en que la hermana mayor cumplía quince años y subió á la superficie del mar. Mucho tuvo que contar á su regreso. Su mayor placer habia sido extenderse en la arena á la luz de la luna, considerar el resplandor de las luces de una gran ciudad, oír los cantos, las serenatas y el repique de las campanas en las torres

La mas jóven de las princesas no pensó mas que en estas armonías de que hablaba su hermana, y cuando estaba por la noche en su ventana, parecíale oír el toque de las campanas de la ciudad.

Al año siguiente subió á flor de agua la segunda princesa. Salió á la hora del crepúsculo vespertino y, al volver, dijo no haber visto cosa mas hermosa. Asemejábase el cielo á una cúpula de oro col-

gada con tapices de púrpura y violeta; al lado, un



velo blanco, que era una bandada de cisnes volando

por encima de las ondas. Cuando el sol bañó en las aguas, la princesa corrió á aquel punto creyendo alcanzar el foco luminoso, cuyos reflejos se perdieron en breve en las olas.

Un año mas trascurrió y la tercera hermana abandonó el palacio. Era la mas atrevida y se aven-



turó en un rio que desaguaba en la mar. Vió hermosas colinas con pobladas selvas que circundaban suntuosos castillos y escuchó el dulce canto de los pajarillos. Era verano, y en una ensenada, algunos niños se bañaban; acercóse para jugar con ellos, pero las criaturas huyeron asustadas y un animalillo negro la persiguió con sus gritos: — era un perro.

La cuarta de las hermanas era ménos animosa y permaneció en alta mar. « Allí, dijo, es donde se ve el espectáculo mas bello. Ante sí, millones de espumantes olas, encima, el cielo como una gigantesca bóveda de cristal; á lo léjos, grandes buques mecándose como gaviotas, ballenas poderosas que



lanzan á prodigiosa altura dos chorros de agua que caen deshechos en perlas. »

Llegó el turno á la quinta hermana, y como habia nacido en invierno, tuvo un espectáculo muy distinto. Verde estaba la mar; montañas de nieve flotaban por doquiera, ora con reflejos de perla y nácar, ora relucientes como el diamante. La princesa se encaramó en uno de los mayores témpanos, y

con la cabellera flotante, miraba el Océano, cuando pasó un buque, y al verla, los marineros se alejaron atemorizados, á toda lona.

Al anochecer, el cielo se cubrió de densas nubes y



estalló la tempestad. El mar parecía de tinta; las olas, encabritadas, entrechocaban entre sí los témpanos que relucían como carbunclos al fulgor de los relámpagos. La princesa admiraba las azuladas eses del rayo, y dijo luego á sus hermanas que era lo que mas la habia sorprendido. Pensó durante algun

tiempo en tan grandioso cuadro, pero como podia salir ahora á su capricho, la naturaleza acabó por serla indiferente, como á sus hermanas, y cuando habia errado algunas semanas por el mar y volvía al palacio paterno, declaraba que era mas hermoso que cuanto en la superficie habia visto.

Algunas noches, las cinco hermanas subían á la



superficie del mar con los brazos enlazados y se balanceaban formando el grupo mas admirable que imaginarse pueda. Cuando amenazaba tormenta y preveían que algun buque iba á naufragar, nadaban hácia las velas y con su dulce voz, mas armoniosa que la mas suave melodía terrestre, cantaban las delicias del mar, diciendo á los marineros que no temiesen bajar á sus profundidades. Pero, entre los

silbidos del viento y el fragor de la borrasca, los marineros no oían los cantos y tampoco veían las maravillas del palacio de las sirenas, pues si iban á fondo, llegaban allí exánimes.

Cuando las princesas hacían estas excursiones, la mas jóven las seguía con los ojos hasta perderlas de vista; ¡ cuánto habría deseado acompañarlas! Estaba muy triste, y como las sirenas no tienen el desahogo del llanto, su pesar era mayor aun. « ¡ Si tuviese quince años! decía. Siento que amaré el mundo superior y los séres que lo pueblan. »

Los quince años se cumplieron al fin. « Ha llegado el momento, dijo la abuela, ya eres mayor de edad. Voy á arreglarte como tus hermanas. » La puso sobre sus largos cabellos una corona de azucenas formadas con valiosas perlas, y en la cola la puso ocho conchas de nácar como distintivo de su elevada alcurnia. « Pero, todo esto me estorba y me lastima, dijo la jóven princesa. — Hija mia, respondió la abuela, cuando se quiere ser considerada, hay que saber sufrir. »

¡ Con cuánto placer habría tirado la sirena su pesada corona para reemplazarla con las flores encarnadas de su jardín! Pero, como era muy obediente: « Á Dios, » dijo; y lanzándose por entre las olas salió á la superficie del mar graciosa y ligera como una bola de aire.

Acababa de ponerse el sol, pero lucian aun las nubes como cortinajes de terciopelo grana bordado en oro, la atmósfera estaba encendida, la estrella de la tarde fulguraba á lo léjos, soplabá un cierzo blando y el mar dormia sereno.

Un buque de tres palos se hallaba á corta distancia, no teniendo izada mas que una vela y meciéndose apenas sobre las aguas. Por las cuerdas y las jarcias se veian numerosos marineros que colgaban farolillos de colores que no tardaron en ser encendidos é iluminaron toda la escena ; pabellones de todas las naciones adornaban los mástiles y resonaba una suave música unida á gozosos cantos.

La sirena nadó hácia el camarote y cada vez que las olas la levantaban, veia á traves del ventanillo una reunion de personas vestidas con oro y seda. El mas hermoso de todos era un jóven príncipe de grandes ojos negros ; tenia diez y seis años y se celebraba el dia de su nacimiento. Los marineros se pusieron á bailar en el puente, y cuando subió el príncipe, centenares de cohetes partieron por los aires, con tal estruendo que la sirena, asustada, desapareció en el mar. No tardó empero en asomar la cabeza y creyó que todas las estrellas del cielo caian deshechas en lluvia sobre las aguas. Un estrépito mayor resonó luego : era el castillo de fuego. Vió grandes soles que iluminaban las olas á lo léjos, peces voladores

que se lanzaban, incandescentes, por el aire. Las llamas se reflejaban en el terso espejo del mar, y alumbraban el buque y las personas como si fuera de día. ¡ Cuán hermoso era el príncipe !

¡ Con cuánta amabilidad daba las gracias por la fiesta preparada en su honor ! ¡ Cuán dulce su sonrisa al escuchar la deliciosa melodía que resonaba entre los vagos rumores de esta magnífica noche !

Las horas pasaban y la sirena no podía separar sus ojos del barco ni del príncipe. Las luces se apagaron y callaron los cañones. Entónces, un ruido confuso subió del fondo del mar, las olas se agitaron con gran placer de la princesa marina que veía á cada paso el interior del camarote do el príncipe reposaba.

El buque se puso en marcha, con toda la lona al viento; las olas crecían, espesos nubarrones se amontonaban á lo léjos, iluminados á veces por un fugaz destello. Eran los presagios de una terrible tempestad.

Los marineros se apresuran á amainar velas, pero el barco sigue por entre las embravecidas ondas con marcha vertiginosa, llevado por el huracan; las olas, se elevan como negras montañas por encima de los mástiles amenazando á cada paso hundir la nave que se alza y descende con la onda gigantesca, como un cisne en las aguas de un estanque.

La sirena, ignorando el peligro que corria el buque, se sentia mecer gozosa, en tanto que los marineros estaban meditabundos y sombríos. De pronto, los tablones de la nave comenzaron á crugir con violencia, á retorcerse bajo los poderosos embates del oleaje; el palo mayor se quebró como un junco y una enorme masa de agua cubrió el puente.

La sirena notó entónces la desgracia que esperaba á los pobres marineros, y ella misma tuvo que tener cuidado con los tablones y despojos que en torno suyo flotaban.

Hubo un momento de tal oscuridad que la sirena no vió nada; pero, un relámpago iluminó el buque que, partido por el centro, se iba á pique, y el príncipe le apareció arrebatado por las olas.

Inmenso fué el júbilo de la sirena al pensar que el príncipe iba á bajar al fondo del mar y que estaria siempre á su lado; pero recordó de pronto que los hombres no pueden vivir en el agua, y que los que llegaban al palacio de su padre eran solo cadáveres.

« ¡ No ! no morirá, se dijo; ¡ yo lo salvaré ! » Y metiéndose entre los maderos sin pensar que podian herir su delicado cuerpo, acabó por encontrar al príncipe que aun luchaba contra las olas, pero iba á sucumbir. Solo hacía algunos movimientos convul-

sivos ; se cerraban sus hermosos ojos ; se hubiese hundido sin el auxilio de la sirena. No tardó en desmayarse, pero ella le mantuvo la cabeza fuera del agua, dejándose llevar por las olas que el viento impulsaba á la costa.

La tempestad cesó al amanecer ; el sol salió ful-



gente del seno de las aguas que tiñó con rosados tonos y pareció reanimar las mejillas del príncipe ; pero sus párpados permanecieron cerrados. La sirena le alisó sus cabellos que le ocultaban el rostro y le encontró un parecido notable con la estatua de mármol que tenia en su jardín. Hacía votos ardientes por que tornase á la vida.

La sirena estaba cerca de la costa; altas montañas se alzaban en el fondo y sus nevadas cimas se destacaban sobre el azul del cielo. Una poblada selva adelantaba hasta la orilla de la playa, do se veia un gran edificio y á su lado una capilla; un jardin plantado de naranjos, palmeras y limoneros lo circunda-



ba. La sirena se dirigió hácia allí, colocó dulcemente al príncipe sobre la arena, poniéndole la cabeza encima un monton de yerbas marinas.

De pronto se oye un toque de campanas, y una bandada de jóvencitas sale á solazarse en el jardin. La sirena huye apresurada, se oculta detras de las rocas, entre la espuma y las algas, y espera para ver que va á ser del pobre príncipe.

Una de las jóvenes llega á la playa, y al verlo extendido sin movimiento, da un grito de horror; llama y varios criados acuden, rodeando al príncipe que acaba por abrir los ojos y sonríe al ver tanta gente. Tan solo á la sirena no saludó con su sonrisa, pero, además de que no la veía, ¿sabía acaso que era ella la que lo había salvado? Esto se dijo la princesa, sin dejar de experimentar un pesar singular, y cuando llevaron al príncipe al gran edificio, desapareció en las aguas y volvió apesadumbrada al palacio de su padre.

Siempre había sido pensativa, pero nunca tanto como ahora. Por más que sus hermanas la preguntaron lo que había visto, nada respondió.

Á menudo, por mañana y tarde, visitó el sitio donde dejará al príncipe. Vió madurar las frutas del jardín y cosecharlas, vió la nieve de las montañas derretirse, pero no tornó á ver al príncipe. Cada vez regresaba más triste á palacio. No tenía más placer que mirar, días enteros, la estatua de mármol que al príncipe se parecía.

Al fin, no pudo resistir más y confió sus cuitas á una de sus hermanas; las otras no tardaron en saberlo, y aun hubo algunas sirenas más en el secreto. Una de ellas, que había visto también la fiesta, sabía donde se hallaba el palacio del naufrago.

« Ven, hermanita, » dijeron las princesas, y en la

zadas del brazo se dirigieron al punto en que debía alzarse el palacio del príncipe.

No tardaron en apercibirlo. Era una morada de



alabastro cuya gran escalera de mármol bajaba hasta la playa. Doradas cúpulas dominaban el techo y en una galería circular se levantaban magníficas estatuas. Por las altas ventanas del primer piso se veían

habitaciones con cortinajes de seda y preciadas alfombras ; valiosos cuadros cubrian las paredes. En el centro de la sala principal brotaba un surtidor que subia hasta los cristales del techo, y el sol daba á las gotas del agua todos los colores del iris.

Cuando la sirena supo donde moraba el príncipe, lo visitó á menudo, particularmente de noche, acercándose desapercibida, por un canal de agua salada, hasta hallarse bajo una de las ventanas del palacio, á la que el príncipe se asomaba para contemplar el Océano á la luz de la luna.

Permanecia allí horas enteras mirándolo y lo seguia cuando paseaba en sus doradas naves. La brisa levantaba á veces el velo blanco que la cubria, y los marineros la tomaban por un cisne que desplegaba sus alas. Otras veces seguia á los pescadores y se regocijaba por haber salvado al príncipe, oyéndoles hacer de él grandes elogios. Pero, pensaba con tristeza que el jóven lo ignoraba todo y no podia pensar en ella ni siquiera en sueños.

Cuanto mas se aproximaba á los humanos, mas cariño sentia por ellos y mas deseos de vivir como ellos. Su mundo la parecia mas vasto que el suyo, pues ademas del mar poseían las selvas, los prados, las inmensas llanuras. Ansiaba conocer muchos detalles sobre los hombres, pero sus hermanas sabian muy poca cosa y tuvo que dirigirse á su abuela que

conocía « el mundo superior, » como llamaba á la tierra.

« Cuando los hombres no se ahogan, la preguntó un día la sirena, ¿ viven eternamente, ó acaban por morir como nosotras ?

— Sí, respondió la anciana, todos mueren y aun su vida es mas corta que la nuestra. Podemos llegar nosotras á trescientos años, pero, al dejar de existir, nuestros cuerpos se disuelven en espuma por el Océano, y nada de nosotras conservan nuestras familias. No poseemos un alma inmortal y somos como la caña que, una vez cortada, no vuelve á reverdecer. Por el contrario, los hombres tienen un alma que vive eternamente hasta cuando su cuerpo se ha convertido en polvo; entónces sube por los aires hácia los celestes luminares. Así como nosotras al salir de las aguas distinguimos la tierra y sus maravillas, así sus almas van á espacios de infinito esplendor que nunca veremos nosotras.

— ¿ Por qué no poseemos también un alma inmortal ? preguntó la sirena con amargura. Gustosa daría los doscientos y mas años, que de vida me quedan, por vivir un día como los humanos y poder esperar penetrar en el mundo de los cielos.

— No pienses en ello, nieta mía. Además, — bueno es que lo sepas, — somos mas felices y mejores que los hombres.

— Conque así, ¡ dejaré de existir, todo mi cuerpo se trasformará en espuma que errará por el mar, no oiré mas el dulce murmurar de las ondas, no veré mas las lindas flores, ni el hermoso sol purpúreo! Abuela, ¿no podría hacer algo para adquirir un alma inmortal?

— Es imposible ó poco ménos, respondió la anciana. Preciso fuera que un hombre te amase mas que á sus padres, y que te fuera fiel en todas sus ideas y sensaciones; necesario sería que posando su diestra en la tuya te jurase fidelidad por toda la eternidad; entónces, una parte de su alma pasaria á tu cuerpo y participarias de la felicidad humana. Mas nunca ha sucedido, ni sucederá cosa semejante. ¿Cómo pensar que un hombre pueda amarte? Nuestra graciosa cola les parece horrible y prefieren los miembros pesados é informes que llaman piernas. »

La sirena suspiró y miró con pesar su cola de pez.

« Disipa esas majaderías, dijo la abuela, y ven á regocijarte con nosotras; ya sabes que hay esta noche baile en la corte. Cuando hemos saltado y corrido durante trescientos años, es mas que suficiente, y tú misma no desearás mas que descansar. No olvides venir al baile. »

La sirena fué al baile, en efecto, para tratar de distraerse. En el centro de la sala, cuyo techo y paredes eran de cristal trasparente, habia un estanque colosal en el que bailaban tritones y sirenas, la

sonido de sus deliciosos cantos. La sirena era la que poseía la mejor voz, y la corte, entusiasmada, la aplaudía. Por un momento, una sonrisa de satisfacción vagó en sus labios á la idea de que poseía la voz mas maravillosa del globo terráqueo. Pero pensó en el príncipe, y cayó de nuevo en la tristeza que la consumía por no poseer un alma inmortal.

Salió y fué á su jardín, donde creyó oír resonar una música. « Tal vez es él que se pasea por el mar, él en quien ansiaría poner la ventura de mi vida. Todo lo arriesgaria por poseer un alma inmortal. Mientras mis hermanas bailan voy á visitar á la hechicera de los mares, á la que tanto miedo he tenido siempre, tal vez pueda darme consejos y ayuda. »

Y esto diciendo, la sirena se dirigió hácia los mugidores torbellinos que precedían el antro de la hechicera. No habia estado nunca en aquel sitio, donde ni flores, ni yerbas brotan : una vasta latitud de arena gris se extiende delante de los torbellinos que, girando como enormes ruedas de molino, arrastran al profundo cuanto pueden asir. La sirena se dejó arrebatarse por esta tromba ; pero ántes de llegar al fondo se libertó por un poderoso esfuerzo y se halló en un cieno caliente y repugnante que tuvo que atravesar para llegar al bosque singular do se alzaba la habitacion de la hechicera.

Árboles y arbustos eran pólipos, mitad animales, mitad plantas, que se habrían tomado por serpientes de cien cabezas enclavadas en el suelo. Las ramas eran largas, viscosas y terminaban en delgadas hebras que no soltaban lo que lograban agarrar.

La sirena se detuvo helada de espanto y á pique



estuvo de volverse atrás, mas el recuerdo del príncipe la dió valor. Se enroscó los cabellos al cuello de manera que ni uno sobresaliese, cruzó los brazos sobre el seno, y con vigoroso empuje se precipitó por entre los pólipos que extendieron hácia ella sus brazos, pero resbalaron sobre su piel lisa y la sirena salió ilesa.

Empero ; cuánto temblaba á la vista del horrible espectáculo ! Entre los tentáculos de los voraces ani

males, habia esqueletos de hombres y animales, despojos de navíos y en fin los huesos de una sirena que se habia aventurado allí sin tomar precauciones. Despues de haber cruzado un pantano lleno de ser-



pientes amarillentas, se halló ante la casa de la hechicera, que estaba construida con huesos de ahogados. La encantadora estaba sentada á su puerta dando de comer á un sapo en su boca, y tan luego la sirena pudo oirla, la dijo :

« Ya sé lo que deseas. Es una tontuna, pero se

hará tu voluntad. Serás desgraciada y no deseo mas que eso á todo el mundo. Quieres poseer dos piernas en vez de cola y esperas que entónces el príncipe pueda amarte y transmitirte un alma inmortal.»

Y la espantosa bruja empezó á dar carcajadas tales, que horribles convulsiones agitaron su cuerpo.

« Has llegado á tiempo, prosiguió la hechicera, pues al amanecer debo confeccionar mis filtros y talismanes, y durante varios meses no podré ocuparme de otra cosa. Pero aun puedo prepararte un elixir que beberás ántes de la salida del sol; tu cola desaparecerá y tendrás dos lindas piernas; sufrirás mucho, como si una cuchilla te abriese en dos, pero todos te proclamarán hermosa entre las hermosas. Tu marcha será tan ligera que ninguna bailarina te igualará en gracia, ni elegancia, solo que, á cada paso, creerás andar sobre el filo de una espada. ¿Quieres sufrir ese martirio ?

— Sí, lo quiero, respondió la sirena con voz temblorosa.

— ¡ Piénsalo bien! replicó la hechicera: cuando te parezcas á una criatura humana no volverás á ser sirena; no podrás tornar al palacio de tu padre, ni ver á tus hermanas. Y si no obtienes el cariño del príncipe, si no te da su mano, no tendrás alma inmortal. El dia en que se case con otra, tu corazon estallará y te convertirás en la espuma que corona las olas.

— Lo quiero, dijo la sirena, pálida como la muerte.

— Ahora, deberás pagarme mi trabajo. Posces la voz mas hermosa del mundo, y necesito tu voz. Pido por mi filtro lo mejor que tienes, y no es mucho, pues debo verter en él parte de mi propia sangre.

— Pero, en ese caso, si me quitas la voz, ¿ qué me quedará ?

— Tu encantadora figura, tus seductores ojos, mas que suficiente para inflamar el corazon humano. ¿ Te arrepientes ? Vamos, dame tu lengua, y una vez cortada, tendrás el soberano elixir.

— ¡ Sea ! dijo la sirena.

La hechicera puso un perol al fuego, se abrió el pecho con una lanceta, dejando brotar las gotas necesarias de sangre, y añadió infinidad de ingredientes. Cuando el líquido entró en ebullicion parecieron resonar los ayes de un cocodrilo, y no tardó en enfriarse, cobrando la forma de un diamante de purísimas aguas.

« Toma, » dijo la bruja, cortando la lengua de la sirena, incapaz en lo sucesivo de hablar ni cantar.

« Si los pólipos quisieran asirte, añadió la hechicera, con una gota de este elixir los harás saltar en mil pedazos. »

Pero los pólipos se alejaron al ver el frasco fosforescente que la sirena llevaba en la mano, y cruzó sin tropiezo el bosque, el pantano y los remolinos. Cuando

llegó al palacio, todo dormia, y no se atrevió á entrar temiendo hallar á alguien, ahora que no tenia voz.

Antes de abandonar para siempre á sus hermanas, cortó una flor en el jardin de cada una de ellas, y se dirigió á la orilla en que estaba el palacio del príncipe. Era el amanecer, pero aun lucia la luna.

La sirena apuró el elixir; un ardor extraordinario la abrasó, sintió su cuerpo como atravesado por una hoja de dos filos y cayó desmayada sobre la arena. Cuando volvió en sí sintió el mismo dolor, mas lo olvidó en breve viendo al hermoso príncipe fijando en ella sus negros ojos. La sirena bajó los suyos y vió que poseia las mas lindas piernas que desear pudiera. Su cabellera la cubria como un manto.

Preguntóla el príncipe quién era y cómo se hallaba allí, mas ella solo pudo mirarlo con sus profundos ojos azules. La tomó entónces de una mano y la llevó á palacio donde la vistieron de brocado y seda. No habia mujer en la corte que pudiese competir con ella en belleza, pero no podia hablar. En las fiestas de la corte, lindas esclavas se presentaban al príncipe y á sus padres, cantando sentidas endechas que merecian los aplausos del jóven. La sirena experimentaba un vivo pesar, pues habia cantado mucho mejor que ellas.

¡Si pudiese saber, se decia, que, por estar á sulado, he sacrificado para siempre mi encantadora voz! »

Á una señal, las esclavas se pusieron á danzar. La sirena extendió entónces su mano, y sus diminutos piés comenzaron á girar y serpentear con inimitable ligereza. Nunca se habia visto prodigio semejante. Su



belleza fulguraba á cada paso, y sus ojos eran mas expresivos que los acentos de las cantantes.

El príncipe la miraba encantado y la sirena seguia bailando, aunque cada vez que sus plantas tocaban el suelo, sentia la dolorosa sensacion de una cortadura.

El príncipe dijo que deseaba tenerla siempre á su lado, como paje, y obtuvo el permiso de dormir á su puerta en un almohadon de terciopelo. La hizo vestir de hombre y así lo acompañaba en sus paseos á ca-

ballo por los bosques. Lo seguia á las enhiestas montañas que tanto excitaron su curiosidad en otro tiempo ; pero nada veia ahora de la hermosa perspectiva ; no tenia ojos mas que para el príncipe.

Por la noche, cuando habia sufrido mucho, des-



pues de una larga jornada, salia del palacio y bajaba á la playa para bañar sus doloridos piés en las aguas del mar. Entónces pensaba en su familia. Una noche, vió á sus hermanas que adelantaban tristes, buscando por todas partes. Las llamó con un gesto y la

dijeron la amargura que su partida les habia causado, pero ella nada pudo responder y se contentó con ir las á ver todas las noches. Otra vez vió á su abuela y á su padre que hacía muchos años no subian á la superficie y la hicieron señas con la mano no pudiendo, por su dignidad, acercarse á la playa.

El príncipe la queria mas cada dia, pero como un amigo, sin pensar en hacerla su esposa; empero, debia casarse con él para poseer un alma inmortal.

« ¿ No me amas mas que todo el mundo ? » parecian decir los ojos de la jóven cuando el príncipe la daba un beso en la frente.

— Sí, tú eres la que mas amo, decia el príncipe; eres un buen corazon, y te pareces á una jóven que he visto una vez y no hallaré mas. Estaba en un buque que naufragó; las olas me llevaron á la playa, junto á un templo que sirven jóvenes sacerdotisas; una de ellas me vió y me salvó la vida. Sería la sola en el mundo á la que daria mi alma, pero está consagrada al Señor. Te pareces á ella y nunca te abandonaré. »

La sirena se decia : « ¡ Ay ! si supiese que yo lo he arrancado á la muerte, tal vez me amaria en vez de esa jóven cuyo recuerdo ha conservado. » Suspiró, no pudiendo llorar, y pensó : « Está consagrada á

Dios, no saldrá de su convento, mientras que yo lo veo todos los días; velaré por él, le amaré, le sacrificaré mi vida; no tendré un alma inmortal, pero no me arrepiento de lo que he hecho. »

De pronto corre el rumor de que el príncipe va á casar con una princesa de un país vecino. Una soberbia nave debe llevarlo para ver á su futura bajo pretexto de visitar el país. La sirena sonreía, sabiendo lo que pensaba el príncipe. « Debo obedecer, habia dicho, pero no me casaré, pues esa princesa no puede parecerse á la jóven del templo que tú me recuerdas. Si debiese casarme, te escogeria á ti. Eres muda, pero ¡hablan tus ojos un lenguaje tan dulce! »

En alta mar, á la luz de la luna, estando reclinada en el puente, la sirena vió pasar á sus hermanas que la miraban con tristeza retorciendo desesperadamente sus manos, y aun creyó ver á su abuela en el fondo del mar, con los ojos fijos en el buque. La nave llegó al alba á la capital vecina, llena de repiques y músicas. Todas las noches hubo fiestas, bailes é iluminaciones, pero sin que la princesa se presentase, pues la educaban en un templo, severamente, para que adquiriese todas las virtudes reales.

Al fin llegó y la sirena tuvo que reconocer su belleza; era una deliciosa criatura, fina, elegante, con ojos azules y pestañas negras.

El príncipe lanzó un grito al verla : « ¡Tú eres, dijo, la que me salvaste cuando yacia en la playa tendido como muerto ! » La jóven lo reconoció tambien.

El regio enlace se anunció con gran pompa.

« Soy muy feliz, dijo el principe á su confidenta



Lo que no me atrevia á esperar se ha realizado. Sé que compartes mi dicha, pues me eres fiel. »

Y la sirena le besó la mano en señal de asentimiento, pero tenia quebrado el corazon. Era cosa resuelta; al otro dia de la boda iba á perecer; y su cuerpo se convertiria en un poco de espuma!...

Las campanas repicaban á todo vuelo; en la iglesia se apiñaba la corte, rodeando al sacerdote que

bendecía los desposorios de los príncipes; la ceremonia era espléndida, pero la sirena no veía nada pensando que iba á morir, que todo lo había perdido en el mundo.

La misma noche, los príncipes se dieron á la vela; el buque estaba adornado con farolillos de colores, y los príncipes, debajo de una tienda de oro y púrpura, veían bailar á los marineros. La sirena recordó el día en que viera una fiesta semejante por vez primera y se mezcló al baile, girando como una golondrina perseguida. Todos admiraban sus movimientos sin saber cuánto sufría.

Sabía que era el último momento en que podría ver á aquel por quien todo lo había sacrificado: patria, familia, voz; por el que tan duros tormentos había pasado sin que siquiera lo sospechará. El mar profundo, el estrellado cielo, todo iba á desaparecer, pues no tenía alma inmortal, ni la tendría nunca.

La música cesó, se apagaron las luces y solo quedaron despiertos el piloto y la sirena que miraba al mar. De pronto, sus cinco hermanas salieron á la superficie de las aguas, con las cabezas desprovistas de sus largas cabelleras.

«Las hemos vendido á la hechicera, dijeron, para que te favorezca y no mueras. Toma este cuchillo, húndelo en el corazón del príncipe, y cuando su sangre caiga sobre tus piés, se unirán y de nuevo for-

marán una cola. Serás de nuevo sirena y vivirás trescientos años. Pero, sé pronta, uno de los dos



debe morir ántes del alba. Mata al príncipe, causa de nuestros males, y regresa á nuestro lado. ¡Apresúrate! El sol va á nacer y sería tarde. »

Y, suspirando, desaparecieron en las aguas.

La sirena levantó el cortinaje de la tienda, se acercó y besó al príncipe en la frente, miró el cuchillo y de nuevo sus miradas cayeron sobre el doncel que pronunció en sueños el nombre de su esposa. ¡ Cuánto la amaba ! Hubo un momento en que la mano de la sirena se agitó convulsivamente con el arma alzada ; pero, al instante, la tiró al mar, cuyas aguas se tiñeron de sangre. Lanzó la postrera mirada al príncipe y se arrojó al Océano.

La sirena sintió su cuerpo disolverse ; el sol vertía tibios rayos en la fría espuma, y la sirena no experimentaba ninguna de las angustias de la muerte. Veía flotar por los aires centenares de seres transparentes que hablaban una lengua tan dulce como la música mas melodiosa, pero ningún oído humano podía oirla, como ningún ser terrestre podía distinguir su cuerpo etéreo.

La sirena sintió que se alzaba de la espuma con un cuerpo semejante. « ¿ Adónde voy ? » preguntó con un acento tan sutil como el que en torno suyo escuchaba.

« Vienes entre nosotras, las hijas del aire. La sirena no tiene alma inmortal y solo puede adquirirla por el amor de un hijo de los hombres. La hija del aire no posee tampoco alma inmortal, pero puede merecerla en recompensa de sus buenas ac

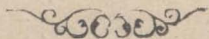
ciones. Ahora volamos hácia el sur donde el calor produce la peste que mata á los hombres; les llevamos la frescura y esparcimos el perfume de las flores en el ambiente, purificándolo.

» Cuando hayamos llegado á trescientos años, sirviendo así á los hombres, tendremos un alma inmortal. Tú, hija del mar, has perseguido igual fin, has sufrido mucho, y en pago de eso, podrás tener como nosotras, un día, un alma inmortal. »

La sirena, extática, sintió por vez primera sus ojos inundados de lágrimas.

En el buque reinaba de nuevo la animacion, y se buscaba por todas partes á la sirena, que, invisible, se acercó á los desposados y les sopló en la frente una bienhechora brisa; luego, montó en una nube de color de rosa que el viento impulsaba hácia el sur.

« Dentro de trescientos años, dijo una de sus nuevas compañeras, bogaremos de este modo hácia el reino de los cielos. »





EL RUISEÑOR

Bueno es decirlo que en China, es chino el emperador, y que son chinos tambien los súbditos de su corte.

Era el palacio del emperador lo que mas soberbio puede imaginarse, todo él de porcelana pintada de hermosos colores, lo que obligaba á pisar con pre-

caucion para no deteriorarlo, cosa que el chino hace naturalmente, pues no hay pueblo mas reservado ni mas observador del buen parecer.

El jardin estaba cuajado de curiosas y singulares flores, y de las mas extraordinarias, de las mas brillantes de color, se habian colgado campanillas de plata que resonaban mecidas por el aire, siendo así imposible pasar junto á ellas sin admirarlas. Este detalle puede hacer comprender cuán minuciosa era la ordenacion del jardin.

Era tan vasto, que ni el mismo jardinero principal le habia visto el fin. Pasados los bosquecillos y los prados de flores, se llegaba á una magnífica selva que refrescaban grandes lagos, y lindaba con las azuladas aguas del mar; crecian los árboles hasta en la playa y extendian sus ramas sobre las ondas, de tal modo, que en canoas ú otras embarcaciones ligeras se podia navegar bajo un dosel de follaje.

En uno de estos árboles se hospedaba un ruiseñor de tan maravilloso canto que hasta los pobres pescadores, que tanto necesitan estar atentos á sus redes, suspendian á lo mejor su trabajo para escuchar las suaves melodías de la avecilla. « ¡Ay! señor, qué hermoso es ! » decian. Acababan empero por volver á su tarea, cogiendo cuánta pesca podian, sin ocuparse mas del ruiseñor. Pero, á la

noche siguiente, cuando tornaban á pescar al mismo sitio y el pájaro cantaba, no podían ménos de detenerse y admirar los deliciosos gorjeos : « ¡Ay ! señor ; ¡ cuán hermoso es ! »

De todas partes llegaban viajeros para visitar el palacio y el jardín del emperador. Gran asombro les



causaban tantas maravillas, pero despues de haber oido al ruiseñor, decían unánimes : « Esto es lo que hay aquí de mas sorprendente. »

Y cuando los viajeros regresaban á sus hogares, no cesaban de elogiar el canto del divino pajarillo. Los sabios que redactaban sendos tomos sobre el palacio y sus jardines, no olvidaban tampoco al ruiseñor que colocaban por encima de todo, y los poe-

tas dedicaban sentidos poemas á la canora avecilla que habitaba la selva, á orillas del mar.

Circularon estas obras por el mundo y llegaron algunas á manos del emperador. Sentóse este en su trono de oro macizo para leerlas cómodamente, y halló en ello gran solaz. Á cada paso hacía señales aprobativas con la cabeza, enorgulleciéndole las descripciones entusiastas de las maravillas de su palacio y de sus jardines.

Al cabo dió con este pasaje : « Pero el ruiseñor es lo que hay aquí de mas sorprendente. »

« ¡ Cómo ! exclamó el emperador, ¡ no conozco yo al ruiseñor ! Hay un pájaro tan notable en mi jardín, y ¿ nunca he oído hablar de él, me lo debe comunicar el libro de un extranjero ? »

Y llamó á uno de los dignatarios de su corte, al gran chambelan, como si dijéramos. Era un personaje tan distinguido que, cuando alguno que no tenía su rango le dirigia la palabra, no respondia mas que : « ¡ Pst ! » lo que no significa nada, ni siquiera en chino.

« ¿ Qué acabo de saber ? le dijo Su Majestad. Hay aqui, en mi parque, un ave rarísima, llamada ruiseñor, que dicen ser la cosa mas curiosa de todo mi imperio ; ¿ por qué no me han hablado nunca de ella ? — Señor, respondió el cortesano, es tambien la vez primera que oigo nombrar ese pájaro. Además, no ha

sido presentado á la corte y es como si no existiese. -- Quiero que lo traigan hoy mismo y que cante en mi presencia, dijo el emperador. El universo sabe que poseo esa maravilla, y ¡yo lo ignoro! -- No sé



de lo que se trata, replicó el cortesano. Buscaré á ese afamado ruiñeñor y lo encontraré. »

Fácil era decirlo. Pero, por mas que el chambelan recorrió las salas y estancias del palacio preguntando á cuántos hallará al paso, nadie habia oido pronunciar este nombre : ruiñeñor. Tornó al emperador y le dijo debia ser una invencion de los que escriben libros, hombres muy guasones, en gene-

ral. « Sí tal, Vuestra Majestad no puede figurarse cuántas falsedades hacen creer á los que en ellos confían.

— Merecen poco crédito, respondió el emperador. Pero el libro que he leído me ha sido enviado por el poderoso emperador del Japon y no puede haber en él embustes. Quiero oír á ese rui señor,



estará aquí esta noche, le otorgo mi favor especial. Y si no se halla, á todos vosotros dignatarios de mi corte, os bailarán sobre el estómago despues que hayáis cenado.

Tching-Tchang, » dijo el chambelan, lo que en chino equivale á la expresion de la mas humilde obediencia, y comenzó á recorrer de nuevo las salas del palacio y luego los desvanes, los sótanos y los menores rincones, preguntando á cuántos hallaba

por el milagroso pájaro. Todos meneaban la cabeza en señal de la mas profunda sorpresa. Y, cuando oian que les iban á bailar sobre el abdómen, se ponian á correr despavoridos tomando lenguas sobre el ruiseñor. Era un movimiento continuo, escaleras subidas y bajadas, salones cruzados á escape, el ruido y la agitacion de una colmena.

Al fin, en la cocina, se dió con una pobre niña que enjugaba la vajilla de los criados y que, al saber la causa de tanto bullicio, exclamó : « ¡ Ah !... ¡ el lindo ruiseñor ! Bien lo conozco. ¡ Qué bien canta ! Todas las noches voy á llevar á mi madre, que mora á orillas del mar, los restos de la mesa que me regalan para ella, y cuando vuelvo, descanso en el bosque á la mitad del camino. Entónces comienza á cantar el ruiseñor. Las lágrimas me suben á los ojos cuando lo escucho ; se me conmueve el corazon lo mismo que al recibir un beso de mi madre.

— Hija mia, dijo el chambelan, yo te daré un buen empleo en la cocina y á mas el permiso de ver comer un dia al emperador, si puedes llevarnos adonde ese ruiseñor vive ; lo necesitamos para esta noche. »

Y, en seguimiento de la niña, la mitad de la corte cruzó el jardin en direccion al bosque. Héte aquí que una vaca se pone á berrear : « ¡ Ah ! dice uno de los pajes, ya dimos con el famoso pájaro. ¡ Qué voz

mas potente! Pero, paréceme haber oído ya eso



canto en alguna parte.

— Es una vaca retozona, dijo la niña; aun estamos léjos del sitio do habita el ruiñeñor. »

Luego, se oyeron cantar las ranas á orillas de un estanque ; « ¡ Hélo al fin ese fénix de los cantantes ! dijo el gran sacerdote : da notas tan delicadas como las campanas de plata de mi capilla. — No son mas que ranas, dijo la niña ; pero ya estamos cerca. »

En efecto, poco despues, resonó una suave y lánguida melodía : « ¡ Él es ! exclamó la niña. Escuchad con atencion. ¿ No le veis allá arriba, en una rama ? » Y señaló con el dedo un pajarillo ceniciento.

« ¿ Es posible ? dijo el chambelan ; no lo habia ideado así ; me figuraba un ave de vistoso plumaje. ¡ Qué aire tan poco distinguido tiene ! Tal vez, la presencia de personajes elevados le intimida, y palidece, pierde sus colores, como sucede á los hombres.

— Pajarito mio, dijo la niña, nuestro donoso emperador desea que le cantéis una copla.

— Con muchísimo gusto, respondió el ruiñeñor, » y lanzó un trino poderoso que, por un momento, conmovió hasta á los imbéciles que le miraban con ojos estúpidos.

« Esto me recuerda el sonido de las campanillas de cristal, replicó el chambelan. Mirad como palpita

su garganta. ¡ Qué tonto es de no haber venido ántes á la corte, donde obtendrá un éxito considerable !

— ¿ Debo cantar ahora para el emperador ? preguntó el ruiseñor creyendo que Su Majestad se hallaba entre la escogida concurrencia.

— Mi apreciado amigo, contestó el chambelan, tengo el honor de convidaros á una fiesta que se efectuará esta noche y en la que tendréis la honra de seducir á su poderosa Majestad el emperador con vuestros deliciosos cantos. — Mi canto, respondió el ruiseñor, produce mas efecto debajo de los árboles, en el seno de la naturaleza ; pero, puesto que el emperador lo desea así, iré esta noche á palacio y cantaré en su presencia. »

No tardó en reinar un gran alboroto en palacio, para adornarlo todo convenientemente. El suelo y las paredes, de preciosa porcelana, reflejaban la claridad de miles de lámparas de purísimo oro. En los corredores se habian colocado flores raras con sus campanillas de plata, y como no hacian mas que abrir y cerrar puertas y ventanas, las campanillas resonaban de tal manera con las corrientes de aire, que era difícil oirse hablar á cierta distancia.

En el centro del salon, do se hallaba el emperador bajo un dosel, se veia una percha de oro adornada con diamantes y destinada al ruiseñor. Toda la corte

estaba presente, vestida de gran gala. La niña que, en recompensa del informe que diera, habia recibido el titulo de cocinera imperial ántes de poder



desempeñar este cargo, obtuvo el permiso de asistir á la recepcion detras de una puerta entreabierta.

De pronto, un pajarillo gris entró por la ventana y fué á posarse en la percha de oro; el emperador le hizo una señal amistosa con la cabeza. Cantó ei rui señor de un modo tan conmovedor, que la mas dulce emocion humedeció los ojos del emperador y

dos lágrimas se deslizaron al fin por sus mejillas. El ruiseñor dejó oír entónces acentos mas deliciosos aun. El emperador estaba tan contento que, entusiasmado, ordenó que el ruiseñor recibiría su babucha de oro guarnecida de perlas para que se la pudiese en torno de su cuello. El ruiseñor dió las gracias.

« Bastante recompensado estoy, dijo. He hecho



asomar las lágrimas á los ojos de Su Majestad, y eso vale mas para mí que el mas preciado tesoro. ¿ Qué honor puede ser mas halagüeño ? » Y cantó melodías mas sentidas con dulce y penetrante voz.

Fué un encanto general. Hasta los lacayos y las camareras expresaron su satisfaccion, lo que es mucho decir, si se atiende que son las gentes mas difíciles de contentar que hay en el mundo. Las damas de la corte, para imitar los lánguidos gorjeos del

ruiseñor, tomaron buches de agua y comenzaron á hacer gárgaras, ligeramente, quedando encantadas de los singulares efectos que por este medio obtenian.

El ruiseñor era el héroe del dia ; no se hablaba de otra cosa en la corte y la ciudad. Le construyeron en palacio una magnífica jaula, dándole libertad de salir á tomar el aire dos veces durante el dia, y una durante la noche. Los doce criados encargados de servirlo le acompañaban en sus paseos, llevando cada uno un hilo de seda atado á la patita del pájaro, que no se complacia en estas excursiones y habria recuperado su libertad al momento á no ser por el emperador, excelente príncipe á quien amaba.

La infatuacion por el nuevo favorito de Su Majestad aumentaba cada dia ; hubo cortesanos que dieron su nombre á sus hijos y como estos sacaron la voz mas discordante del mundo, sus padres fueron castigados así por su adulacion.

Un dia, el emperador recibió, de parte del emperador del Japon, un gran paquete lacrado sobre el que se leia : El Ruiseñor. « Esto debe ser, pensó, alguna nueva obra de un sabio sobre nuestro amado pájaro. » Pero nada de eso : era una caja que contenia un ruiseñor artificial, un autómata con la forma de la especie, pero adornado con diamantes, zafiros y rubíes. Cuando le daban cuerda, cantaba

con una voz que imitaba perfectamente la del ruiseñor, y al mismo tiempo meneaba su cola de plata y oro recamada de perlas. Traia al cuello un collar diminuto con estas palabras trazadas en diamantes : « Pertenezco al emperador del Japon ; pero, ¡ cuán poca cosa soy comparado con el ruiseñor del emperador de la China ! »

Hubo gran conmocion en toda la corte, al saber la llegada del nuevo ruiseñor ; el mensajero que lo habia llevado recibió el título de mandarin de boton de cristal. El gran maestro de ceremonias propuso hacer cantar en duo á los dos pájaros. Así se hizo, pero sin buen resultado. El ruiseñor de carne cantaba *ad libitum*, esforzando ó aflojando segun lo que con su canto queria expresar, en tanto que el autómatá cantaba obedeciendo al movimiento regular de su mecanismo. « No es culpa suya si no van de acuerdo, dijo el maestro de la capilla imperial ; lleva muy bien el compas ; se diria que es mi discípulo. »

Entónces hicieron cantar al autómatá solo y fué tan aplaudido como ántes lo hubiera sido el ruiseñor de carne y hueso ; ademas, le parecia mucho mas lindo que el otro ; brillaba como una joyería. Treinta y tres veces repitió la misma cantinela y siempre de igual manera ; la asamblea estaba extática. Iba á continuar, cuando el emperador dijo que era el turno del ruiseñor viviente. Pero, ¿ en dónde estaba ? En vano

se le buscó por todas partes. Sin que lo hubiesen visto, había huido por la ventana abierta hacia la espaciosa selva.

«¿Qué quiere decir esto?» dijo el emperador. Y



los cortesanos se encolerizaron contra el ruiseñor y le trataron de mónstruo de ingratitud. « Á lo menos hemos conservado el mejor de los dos pájaros, » añadian, y pidieron que repitiese su canción por la trigésima cuarta vez. Algunos tarareaban ya una parte, de memoria, pero aun faltaban algunos tri-

nos. El maestro de capilla hallaba el pájaro cada vez mas maravilloso ; tambien él lo elevó por encima del ruiseñor animado, no solo en cuanto al plumaje, sino tambien por el canto.

« Dígnese considerar Vuestra Majestad, dijo, que, con el ruiseñor animado no se sabe nunca de antemano lo que se va á escuchar, ni si su canto será alegre ó melancólico ; con el autómeta no hay que temer el desagrado de la sorpresa. Se le puede abrir el interior, ver funcionar los resortes, y admirar como, con su ingeniosa disposicion, se producen los sonidos, uno en pos de otro, siguiendo el orden de la melodía.

— Habla divinamente, » dijeron todos los cortesanos ; y el emperador, viendo el éxito del autómeta, ordenó, en su bondad, que el pueblo podria tambien regocijarse con su canto. Al domingo siguiente, el maestro de capilla enseñó en público todo el mecanismo interior, y lo puso luego en movimiento. Fué un alborozo general. Las buenas gentes se extasiaban, como si se hubiesen embriagado con esencia de té, á la moda china. Todos gritaban : « ¡ Oh ! ¡ hi ! . . ¡ oh ! ¡ hi ! » con las dos manos al aire y el índice levantado, meneando á compas la cabeza, y desde entónces se ha reproducido ese movimiento en las figuras de porcelana de China.

Tan solo los pobres pescadores, que á menudo se

habian solazado con el canto del ruiseñor, no compartian este entusiasmo. « Las melodías del autó-mata, decian, son bonitas; pero no varían nunca y les falta un no sé qué. »

Por decision del consejo del imperio, el ruiseñor animado fué solemnemente desterrado del imperio por irreverencia hácia Su Majestad. En cambio, el pájaro artificial fué colocado sobre un almohadon de seda, bordado de piedras preciosas, al lado del lecho del emperador; la cancillería le expidió un oficio concediéndole el título de *cantante especial de la alcoba de Su Majestad*, y fué nombrado en el almanaque imperial, en la lista de los dignatarios de la corona, despues de los mandarines de boton azul, en la página XVIII, á la izquierda, apreciando el emperador este lado como el mas honroso, puesto que, hasta en un emperador, el corazon se halla á la izquierda.

El maestro de capilla escribió un volúmen de quinientas páginas sobre el pájaro maravilloso; el libro estaba repleto de ciencia, figurando allí las palabras mas revesadas del idioma chino; no era, en el fondo, mas que una rápsodia indigesta; pero tal era la manía reinante, que la obra llegó á sesenta y dos ediciones.

Un año pasó así. El emperador, los cortesanos y hasta los cuatrocientos millones de chinos sabian de

memoria cada gorgorito del autómeta, y esto les procuraba el mayor placer, pues podian acompañarlo con la voz cuando cantaba. Los pilluelos de las calles silbaban : *¡ zi zi zil..; ¡ glu glu glu!* Lo mismo hacía el emperador. Era magnífico.

Pero, una noche que el emperador, ántes de dormirse, hacía cantar al soberbio pájaro por la millonésima vez, un ruido extraño resonó en el interior del autómeta, algo parecido á esta onomatopeya : *schwupp*. Un resorte se rompió; luego siguió una serie de *snu-r-r-rrr*; eran las ruedas que se desconcertaban. Reinó despues un silencio siniestro; por mas que le daban cuerda, el pájaro no cantaba.

El emperador se echó fuera del lecho y llamó á su médico de cabecera, el que declaró que ni emplasto, ni pocion podian ser útiles en esta ocasion. Mandóse á buscar entónces á un relojero que, despues de haber examinado bien y vacilado mas, acabó por arreglar un poco el mecanismo, advirtiendolo que habria que cuidar mucho al adorado pajarito; usadas estaban las ruedas y los resortes y el buen hombre no queria comprometerse á poner otros nuevos, temiendolo cambiar el sonido y producir el canto de un buho.

General fué el duelo en todo el Celeste Imperio. El hermoso pájaro no podria cantar en lo sucesivo mas que una vez al año; un filósofo expuso en un

voluminoso tomo que tanto mayor sería el gusto de oirlo y tuvo quien lo aprobase, pero no convenció á la mayoría.

Cinco años pasaron así, cuando un duelo mucho mas serio acaeció en el país. El buen emperador, ídolo de sus súbditos, cayó enfermo y los médicos le daban solo algunos dias de vida. Ya estaba designado su sucesor; delante del palacio se agolpaba el gentío que pedia noticias al chambelan, y este respondia : « ¡Pst!... ¡Pst! » meneando la cabeza, y por primera vez esta sílaba tenia una significación.

El emperador, pálido y helado, yacia sin movimiento en su gran lecho de respeto con cortinajes de terciopelo y borlas de oro. Todos lo creian muerto en la corte y corrian presurosos á tributar homenaje á su sucesor. Los lacayos y las criadas aprovechaban de la confusion para saquear las provisiones de las despensas y de la repostería.

En todas las salas y corredores se habian extendido alfombras tupidas para sofocar el ruido de los pasos, y reinaba un silencio completo. Era de noche; por una ventana entreabierta la luna proyectaba su claridad sobre el emperador, y sobre el pájaro artificial que habia permanecido á su lado.

El emperador no habia muerto, pero apenas podia respirar; sentia como un peso terrible que le oprimia el pecho. Consiguió abrir los ojos y vió entónces que

era la Muerte que, con una rodilla sobre su pecho, se preparaba á ahogarlo. Se habia puesto en la cabeza la corona imperial, se habia ceñido su gran sable de batalla con puño de oro y diamantes engarzados, y



tenia en una mano el magnifico estandarte sagrado del Celeste Imperio. En torno del lecho, entre los pliegues de los largos cortinajes, salian cabezas extrañas, feas las unas, hermosas y animadas por una dulce sonrisa las otras. Eran las acciones del emperador, las malas y las buenas, que al ver á la Muerte

sobre su pecho, acudían para desfilas ante él, según es costumbre.

« ¡ Recuerdas esto ? » murmuraban sucesivamente ; « ¡ recuerdas aquello ? » y le traían á la memoria cuánto bueno y malo habia hecho ; el pobre emperador, débil ya de cabeza á causa de la enfermedad, no sabía á quién dar oídos, y el sudor inundaba su frente. Además sabía ahora muchas cosas que habia ignorado, como á menudo sucede á los príncipes. « Pero no sabía eso, nada me han dicho de esotro », exclamaba á cada paso, al oír el daño que habia producido tal ó cual orden que creyera muy sensata. « Vamos, ¡ música ! dijo al fin, ¡ suene el bombo y el chinesco !, que no oiga mas esas historias que me rompen la cabeza. »

Pero el murmullo continuó y la Muerte lo miraba sonriendo, meneando la cabeza, esperando que hubiese hablado la última de las acciones, para acabar.

« ¡ Música, música ! replicó el emperador. Vamos, hermoso pajarito de oro, canta, canta un poco. ¡ Cuántos honores te he tributado ! Acuérdate y canta una sola canción, ¡ un solo gorjeo ! »

El pájaro no cantó ; no habia nadie que le diese cuerda. La Muerte fijaba en el emperador sus ojos vacíos ; se debilitaba el murmullo de los aparecidos que representaban las acciones del monarca ; el momento fatal se acercaba.

De pronto, resuena por entre la ventana entreabierta el mas delicioso canto : era el ruiseñor, el verdadero, el de carne y pluma que estaba posado en una rama del jardin. Habia sabido que el emperador se hallaba moribundo, y habia acudido con toda la fuerza de sus alas para consolarlo con su canto é infundirle esperanza. Á sus melodiosos acentos, los espectros palidecieron y huyeron ; la sangre comenzó á circular de nuevo por los ateridos miembros del emperador. Hasta la Muerte escuchaba, y dijo : « ¡ Prosigue, ruiseñor, prosigue ! — No tengo inconveniente, pero dáme la corona del emperador que has cogido. » Luego se detuvo y no continuó su canto hasta que la Muerte hubo dejado el sable del emperador y luego el estandarte sagrado.

Siguió cantando y entonó una sentida balada sobre el silencioso cementerio do brotan tan hermosas rosas blancas, donde el ciprés se eleva y donde las lágrimas de los hombres riegan la yerba. Y la Muerte no pudo resistir al deseo de ver su querido jardin, y se escapó por la ventana tomando la forma de una neblina blancuzca y glacial.

« Gracias, mil gracias, dijo el emperador. Divina avecilla, te reconozco. Te he desterrado de mi imperio y acabas de disipar los espectros que me acosaban ; con tu canto has cautivado á la Muerte que ha olvidado ahogarme. ¿ Cómo podré recompensarte ?

— Ya estoy recompensado, respondió el ruiseñor. La primera vez que canté en tu presencia vi asomar las lágrimas á tus ojos, y nunca lo olvidaré, pues joyas mas preciosas son las lágrimas, para un cantante, que todos los tesoros de la tierra. Pero duerme un poco y recobra fuerzas y salud. Voy á cantarte una de mis piezas escogidas. »

Y, en efecto, dejó escuchar una música tierna y embriagadora que sumió al emperador en el mas benéfico sueño.

Cuando lució el sol, el emperador se despertó curado. Ni chambelan, ni servidores habia allí; todos lo creían cadáver. Solo el ruiseñor estaba á su lado, y lanzaba ahora acentos gozosos, trinos entusiasmados que reanimaban el corazón.

« No me abandonarás mas, le dijo el emperador. Pero solo cantarás cuando te plazca, á tu antojo; en cuanto al horrible autómeta, tu rival, lo haré romper en mil pedazos.

— No hagas eso, respondió el ruiseñor. Ha hecho lo que ha podido, ha cantado mientras ha tenido voz. Consérvalo como un antiguo sirviente. En cuanto á mí, no me es posible permanecer confinado en tu palacio, tengo que edificar mi nido al aire libre. Déjame la facultad de venir cuando me agrada. Por la noche, vendré á posarme en ese árbol, junto á esta ventana, y te cantaré alguna canción alegre ó una

sentida endecha ; te diré los que son felices, los que sufren ; te haré conocer el mal que escapa á tus miradas, pero que yo veo, con mi vista de pajarillo. Yo vuelo por do quiera, desde la cabaña del pescador hasta la choza del labrador, y observo cuanto lé-



jos de tu palacio pasa. Prefiero tu corazon á tu corona, pero, sin embargo, la respeto, pues tiene algo de sagrado, y desearia que tu cetro fuese amado y venerado por todos. Vendré pues, y cantaré, pero, en cambio, exijo de ti una promesa.

— Todo cuanto quieras, » dijo el emperador, que, por la primera vez de su vida acababa de vestirse sin

la ayuda de sus camareros ; se habia puesto su bata de púrpura, de las grandes festividades, y se habia ceñido su sable con la empuñadura guarnecida de brillantes.

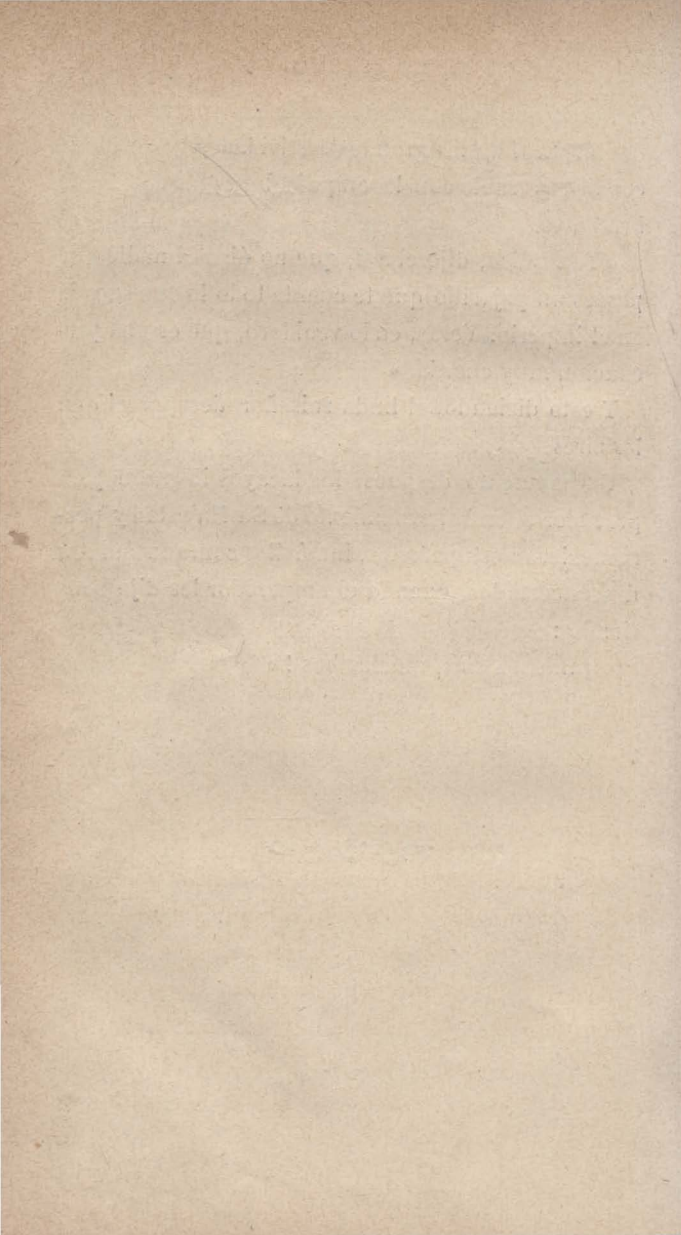
« Te suplico, dijo el ave, que no digas á nadie que posees un pajarillo que te cuenta todo lo que sucede en el imperio. Verás, en lo venidero, que es una precaucion muy cuerda. »

Y esto diciendo, el lindo ruiñeñor desapareció en los aires.

Un momento despues, los lacayos llegaron para proceder al embalsamamiento de Su Majestad y permanecieron estupefactos, inmóviles como autómatas desconcertados, cuando el emperador les dijo sonriendo :

« ¡ Buenos dias, muchachos ! »







HISTORIA DE UN PATO

La campiña sonreía con las gracias del verano ; las doradas mieses cimbreaban sobre la verde avena y en los prados, de un verde mas intenso, se alzaban montones de heno que embalsamaban el ambiente. Numerosas cigüeñas paseaban encaramadas sobre sus largas y rojizas patas, musitando en el antiguo idioma del Egipto de los Faraones, que ellas solas

hablan con pureza. Grandes bosques rodeaban los campos y las praderas, y acá y acullá, un estanque fulguraba al sol.

En medio de esta espléndida naturaleza se elevaba un vetusto castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua, y las murallas estaban cubiertas de una selvática vegetacion de hiedra y plantas trepadoras que caian sobre los cañaverales y los nenúfares de anchas hojas.

En una tronera de la muralla se veia el nido de una ánade que allí empollaba sus huevos, ansiosa de verlos abrirse, pues la pesaba la soledad, siendo visitada rara vez por las otras ánades vecinas que, como verdaderas egoístas, pasaban el tiempo chapuzando en el lodo.

Al cabo se abrió un huevo ; se rompió el cascaron, se oyó un dulce « Pio, pio », y asomó la cabecita de un pato. Otro llegó al dia siguiente, y á aqueste siguió un tercero. Mucho se agitaban los animalitos, lanzando ya gozosos *rap, rap*, adelantando con curiosidad la cabeza á través de las hojas verdes que tapizaban su nido.

Lo primero que dijeron los patitos fué : « ¡ Qué grande es el mundo ! » y en efecto, se hallaban mucho mas cómodamente que en el reducido espacio de un cascaron.

« Tal vez creéis, dijo la madre, que lo que veis

desde aquí es todo el universo. Densengañaos, se extiende mucho mas allá del jardin, hasta la iglesia cuyo campanario vi una vez; pero, no he ido nunca mas léjos.

» Veamos, añadió poniéndose de pié, ¿habéis salido todos? ¡Ay! no, intacto está el mayor de los huevos. ¿Cuánto durará aun? Comienzo á cansarme.»

Y se arrellanó de nuevo. « Buenos dias, amiga, la dijo de repente una ánade entrada en años que pasaba á visitarla, ¿cómo va la salud?

— ¡Ay! estoy muy cansada con uno de mis huevos que no quiere abrirse, respondió la madre. Pero, en cambio, mirad mis patitos, á buen seguro que nunca habréis visto cosa mas mona. ¡Cómo se parecen á su padre! El malvado no viene siquiera á darnos los buenos dias.

— Enseñadme ese famoso huevo, dijo la comadre, que añadió despues de haberlo visto: Creedme, es un huevo de pavo. A mí me engañaron así tambien una vez, y cuando los malditos pavitos que me habian dado á empollar vinieron al mundo, tuve con ellos mucho que pasar; por mas penas que me di para hacerlos ir al agua, no hubo medio de conseguirlo. Os repito que no me cabe duda, es un huevo de pavo: en vuestro lugar lo abandonaria y me ocuparia al momento de enseñar á nadar á mis pequeños.

— ¡ Oh ! he estado empollando tantos dias que bien puedo esperar algo mas, dijo el ánade.

— Pues divertíos, respondió la comadre, y se marchó. »

Al cabo, el cascaron del huevo voluminoso se abrió y salió piando un animalillo muy grande, muy feo y muy mal proporcionado.

« ¡ Jesus ! ¡ qué mónstruo ! exclamó la madre ; no se parece ni pizca á los otros ; ¿ será realmente un pavo ? Vamos á verlo ; voy á llevarlo al agua y si no quiere entrar de grado, lo echaré por fuerza. »

Al dia siguiente, el tiempo era hermosísimo ; el ánade salió por vez primera seguida de su familia y bajó á orillas del foso. ¡ Pum ! hétela en el agua. *Rap, rap*, grita, y los anadoncillos, uno en pos de otro, se echan al agua, zambullen, pero vuelven á aparecer al momento y nadan de un modo admirable, moviendo las patas segun las reglas. Todos estaban en el agua, hasta el horroroso ceniciento que saliera del huevo grande.

« Pues, ¡ no es un pavo ! dijo la madre. Se sirve muy bien de sus patas y se tiene muy tiesecito. No hay duda, es hijo mio. En verdad, mirándolo con atencion, es muy bonito.

« ¡ *Rap rap* ! Vamos, hijos mios, seguidme, dirijámonos al gran estanque donde voy á presentaros á los

vecinos. No os despeguéis de m's alas ; y ¡ mucho cuidado con el gato ! »

En el estanque habia un tumulto, una batahola extraordinaria. Dos grupos de ánades se disputaban á grandes picotazos una cabeza de anguila. Á lo mejor de la batalla, el gato, que parecia dormitar en



la orilla, sacó al suelo de un zarpazo la disputada cabeza y comenzó á devorarla tranquilamente.

« Ahí veis, hijos míos, dijo el ánade, lo que es el mundo ; lleno está de sorpresas y asechanzas, y por esto debéis aprender á conduciros conforme á las reglas de la sabiduría. Doblad el cuello y saludad profundamente á aquel anciano pato que allí veis ; es de raza española y la cinta encarnada que adorna

su pata es un distintivo honorífico que le han puesto para que la cocinera no se equivoque y no lo meta en el asador confundiéndole con otro.

» Aprended á decir *rap, rap*, bien á compas. No echéis las patas hácia adentro, es de muy mal tono; abrirlas bien hácia fuera como yo hago. »

Los pequeñuelos hacian con docilidad cuanto su madre ordenaba; pero, por mas galanura y cortesia que desplegaban, los demas ánades los miraban de mal ojo y decian : « ¡ Cómo !... ¡ otra pollada ! Como si no fuésemos ya bastante numerosos para la comida que nos echan. — ¡ Pór vida mia ! exclamó una anadina, ¡ esto es demasiado !... ¡ Atras ! Mirad el aspecto de este patito, no es posible que le guardemos entre nosotros. » Y precipitándose sobre el pobre ceniciento, le tiró de las plumas y le maltrató. « Vamos, malvada, dijo la madre, déjalo que no hace daño á nadie. — Verdad es, respondió el otro, pero no es dable ser tan gordo á sus años. ¡ Qué mal hecho es !... ¡ Deshonra á nuestra raza ! »

El obeso pato español se habia acercado y alabó por lo sumo la gracia y el donaire de los nuevos patios : « Lástima es, dijo, que haya entre ellos esa especie de mónstruo ; ¡ qué plumaje mas feo tiene !

— No diré que no, respondió la madre, pero es buen muchacho y de muy dulce carácter. Nada ademas mucho mejor que todos los otros. Tal vez se arre-

gle con el tiempo, pues ha permanecido en el cascaron mas de lo justo y eso, sin duda, lo ha desfigurado.

» En segundo lugar, añadió el ánade peinándole con el pico las plumas algo espeluznadas por el ataque que habia sufrido, es un macho, y no importa así gran cosa que sea bien ó mal parecido.

— Si os consoláis, tanto mejor, respondió el pato



español. Vuestros hijuelos son encantadores. Bienvenidos sean entre nosotros ; pero, si dan con alguna golosina, como por ejemplo, una cabeza de anguila, que no se olviden de traérmela. Soy el jefe del estanque y quiero que se me tenga respeto. »

La nueva parva fué muy bien acogida por los antiguos, excepto el patito ceniciento que no dejó de ser mordido, zandereado, perseguido. Hasta las gallinas se burlaban de él y lo hallaban deforme. Habia en el

corral un pavo que se paseaba de ordinario, soplado como si fuese el árbitro del universo. Á la vista del patito se infló como la vela de una nave que el viento llena, y se arrojó, furioso, sobre el pobre animal; al llegar á las orillas del estanque, viendo que no podia alcanzar al objeto de su cólera, se puso encendido como un pavo que era y lanzó furibundos *glu-glus*. El infeliz anadoncillo no tenía un momento de solaz, siendo de continuo apaleado y picoteado. El recuerdo de los malos tratos que habia sufrido durante el dia no le dejaba dormir por la noche.

Sus penas fueron aumentando con sus dias. Hasta sus hermanos de echadura se mofaban de él y decian: « ¡ Por qué no cogerá el gato á este fenómeno que nos avergüenza ! » La madre que lo habia defendido en un principio, acabó por decir á cada paso: « ¡ Llévete la muerte, si quiere complacerme ! » Y los otros se le iban encima con el pico y las alas abiertas; la criada que llevaba la pitanza á la gente de pluma, le daba de puntapiés cuando se aproximaba para coger algun desperdicio de cocina.

Al fin, no pudiendo resistir mas, alzó el vuelo por encima de los vallados, de los jardines y praderas; los pajarillos que anidaban en los árboles huian despavoridos oyendo el ruido de sus alas pesadas y sin experiencia.

« Los asusto con mi fealdad, » pensaba; y cerró

los ojos para no ver las lindas avecillas huir delante de él. Siguió volando y llegó á un inmenso pantano habitado por patos selváticos, donde se detuvo, fatigado por la caminata y el pesar, y pasó la noche acurrucado entre los juncos.



Al amanecer llegaron los patos selváticos que consideraron con curiosidad al recién venido. « ¿De dónde sales, de qué raza eres? » le preguntaron. El patito hacía saludos muy torpes como una criatura avergonzada de su mal porte.

« Puedes vanagloriarte de ser horriblemente feo,

añadieron los otros. Pero, ¿qué nos importa si no te se ocurre casarte con una de nuestras hijas? » ¡Pobre desgraciado! Seguramente no pensaba en casarse, y se consideró muy feliz de que se dignasen tolerarlo, permitiéndole buscar el sustento en los pantanos y dormir entre las cañas.

Hacia algunos dias que estaba allí, cuando llegaron varios ansarones que venian de muy léjos, de los países del Norte; pero, eran jóvenes y en la juventud no se teme aventurarse.

« Amigo, dijeron al patito, tienes un aire tan grotesco que nos divierte el verte. Ven con nosotros, y como nosotros, serás ave de paso. Cerca de aquí, en otro pantano, hay algunas ánades selváticas que son muy agradables, y como ven muy poca gente y no son peritas en cuestion de hermosura, tal vez gustes á alguna de ellas á pesar de tu fealdad. »

¡ *Pif, paf!* se oyó de pronto, y los dos ansarones cayeron al agua exánimes. ¡ *Pif paf!* Bandadas enteras de ánades y patos salieron de los cañaverales huyendo en todas direcciones. Los tiros seguian estallando; era una gran cacería. Habia hombres en las orillas del pantano, en las ramas de los sauces y de los álamos que sobre el agua avanzaban. El azulado humo de la pólvora formaba una nube. Los perros entraron en el agua, ladrando, doblando las cañas y los juncos, acercándose al escondite del pa-

tito. ¡ Qué angustiosa espera ! Iba á meterse la cabeza bajo el ala para no ver semejantes horrores, cuando apercibió delante de él á un perro enorme, con los ojos relucientes de furor y la boca abierta cuajada de formidables dientes ; pero, despues de haberlo mirado un instante, el perro se alejó en busca de una presa mas digna.

« Al fin y al cabo, dijo el patito al volver en sí, mi fealdad me habrá servido de algo ; he repugnado hasta á ese perro voraz. »

Y esto diciendo se escondió en lo mas espeso de la junquera, hasta que los tiros cesaron y se fueron los cazadores. Despues de muchas horas y tomando precauciones infinitas, salió del agua y huyó con cuanta ligereza pudo, cruzando los campos á los fulgores y el fragor de la tormenta, hasta verse lejos del pantano maldito.

Al anoecer llegó á una miserable cabaña, tan deteriorada que puede decirse que si se mantenía de pié era por no saber de qué lado caerse. El viento arreciaba y para ponerse á cubierto, el patito entró por la puerta entornada. Vivía allí una buena mujer con su gato que llamaba *mi hijo* y sabía hacer *ron-ron* y despedir chispas cuando le pasaban la mano á contra pelo, y una gallina con las patas muy cortas que la mujer adoraba porque le ponía huevos.

Al día siguiente notaron la presencia del intruso ;

el gato comenzó á hacer *ron-ron* y la gallina *glu-glu*.

« ¿ Qué sucede ? » preguntó la mujer ; y á fuerza de mira, arcabó por descubrir al fugitivo que tomó por una ánade. « ¡ Qué fortuna ! exclamó, voy á tener huevos de pato y los haré empollar. »

Y alimentó muy bien al patito. Fueron estos los primeros dias felices de su vida ; pero, ¡ ay ! despues de tres semanas, cuando se verificó que no ponía, comenzaron de nuevo sus tribulaciones.

La gallina era casi el ama de la casa ; decia siempre : *Nos y los otros*, y este *nos*, que comprendia á ella, á la mujer y al gato, lo colocaba muy por encima del universo. El patito se atrevió á emitir una opinion contrária.

Encolerizada, exclamó : « ¿ Sabes poner huevos ? — No. — Pues bien, cállate ; no cuentas en el mundo. — ¿ Puedes hacer *ron-ron*, despedir chispas ? preguntó el gato. — No. — En ese caso no puedes tener un parecer. Conténtate con oir á las bestias sensatas. »

El patito se calló y volvió á su rincon, sintiéndose de nuevo desgraciado. De pronto una ráfaga de aire penetró en la cabaña y el anadoncillo sintió un vivo deseo de nadar y habló de ello á la gallina. « Hé ahí lo que es no hacer nada, dijo esta ; la ociosidad inspira las ideas mas estrafalarias. Pon huevos ó haz *ron-ron* y se disiparán. »

— ¡ Es tan agradable solazarse en el agua, zambullirse ! — ¡ Pierdes el juicio ! Pregúntale al gato, que es el animal mas cuerdo que conozco, si es bueno meterse en el agua. No digo lo que pienso yo. Pregúntaselo al ama, mujer de experiencia. — No podéis comprenderme, dijo el pato. — ¡ No comprenderte ! Acaso ¿ crees tener mas ingenio que la buena mujer y el gato ? No hablo de mí. Vamos, hijo mio, sé modesto, pues Dios podria retirarte, de lo contrario, sus beneficios. Te ha hecho dar con esta casa do hace un calor agradabilísimo ; tienes nuestra sociedad de la que podrias aprovechar para instruirte. Yo, por mí, no deseo mas que abrirte la inteligencia. Si te canto las verdades, es porque te quiero. No hay en el mundo mas que dos cosas, hijo mio : poner huevos ó hacer *ron-ron*. Aprende una cosa ó la otra. — Tal vez viajando me afinaré un poco, dijo el patito. — Sí, me parece que no te sentará mal, dijo la gallina, pues tienes mucho que aprender. »

Y el patito se fué, y voló hasta dar con un estanque en el que se bañó y olvidó las tonterías de la gallina.

Vino el otoño. Cayeron secas las hojas de los árboles y fueron arrebatadas por el viento. Nubes formadas de nieve ocultaban el sol, y los cuervos graznaban en los aires. Los tormentos del patito continuaron, pero tuvo mas tarde un dia de ventura. El sol

habia lucido y se ponía entre purpúreas nubes. Do



pronto pasó una bandada de aves tan grandes y mag

níficas que nunca las habia visto el anadoncillo ; poseian largos cuellos que retorcian con gracia, y una pluma blanca como el armiño ; eran cisnes. Daban un grito especial, y con las alas abiertas iban á los países del Sur en busca del calor. Se elevaban á una altura prodigiosa y el patito experimentaba á su vista una sensacion desconocida. Se volvió en el agua hácia ellos é, involuntariamente, lanzó un grito tan agudo y singular que se asustó á sí mismo. ¡ Cuánto amaba á aquellas aves sin conocerlas ni saber adónde iban !

Cuando desaparecieron, zambullóse hasta el fondo del agua, mas conmovido que nunca lo estuvo. No sentia envidia. El pobrecillo que se habria creído feliz si los patos le hubiesen sufrido en su seno, no pensaba que pudiese ser nunca otra cosa que un sér repugnante.

El invierno fué muy rigoroso ; los estanques se helaron y el patito tuvo que nadar de continuo, hasta de noche, para impedir que el hielo se formase en torno de sus patas. Pero al fin se cansó, se paró y quedó aterido.

Por la mañana, un aldeano que acertó á pasar por allí, rompió el hielo y llevó á su mujer el patito que se reanimó con el calor. Los niños quisieron jugar con él, pero, como los malos tratos le habian vuelto miedoso, huyó desconcertado, creyendo que querian hacerle daño ; al correr, tropieza y tira por tierra

un gran tazon de leche; la aldeana le persigue con la escoba; cae nuestro pato en un tonel lleno de harina y con sus aletazos eleva nubes del blanquizco polvo; á todo esto los niños se divertian de lo lindo y se empujaban, con grandes risotadas, por coger al pato. Una bocanada de aire abrió felizmente



la puerta y el animal pudo salir y volar á ocultarse entre la leña.

Muy triste sería relatar todas las penas y trabajos que tuvo que sufrir en este crudo invierno. En fin, lució de nuevo el sol y de nuevo resonó el canto de la alondra. Tan hermosa era la primavera como espantoso habia sido el invierno.

El pato habia crecido mucho y sus alas habian ganado en fuerza. Sin reparar en ellos, se elevó en los aires mucho mas alto de lo que hubiese esperado. Cuando hubo volado á su antojo descendió á la tierra y se halló en un vasto parque; los saúcos y la blanca espina estaban en flor. Por entre



os árboles y arbustos serpenteaba un límpido riachuelo que terminaba en un gran lago circundado de un verde césped ; Qué hermoso era !.. ; Qué deliciosa frescura bajo las umbrosas arboledas ! De pronto, el pato vió aparecer en el lago tres magníficos cisnes, que resbalaban ligeramente sobre las aguas con las alas tendidas como las velas de una barquilla.

Una suave melancolía acometió al pato cuando los vió. « Conozco á estas aves reales, se dijo; quiero ir á admirarlas desde cerca; me matarán y tendrán razon, pues un fenómeno como yo no tiene derecho de acercárseles. Pero, poco me importa; mas vale morir á sus picos que ser maltratado por los ánades, sermoneado por las gallinas, perseguido por todo el mundo. »

Y nadó hácia las hermosas aves, que, tan luego notaron su presencia, se lanzaron hácia él con gran ruido de alas.

« Sí, ¡ ya sé que vais á matarme ! » dijo el pobre animal, y bajó la cabeza hácia la superficie del agua, esperando la muerte. Pero, ¿ qué es lo que vió en los cristales del lago ? Su propia imágen; no era ya el pato deforme, de un gris sucio : era un cisne.

Poco importa haber sido empollado por una ánade, entre los patos, con tal de haber salido de un huevo de cisne; al fin y al cabo, la raza domina.

El jóven cisne no sentia ya sus penas y pasados infortunios que le hacian apreciar toda la dulzura de su felicidad actual. Los otros cisnes le rodeaban y lo acariciaban tiernamente con sus picos.

Varios niños llegaron á orillas del estanque y echaron en él pan : el mas jovencito exclamó : « ¡ Hay uno nuevo !

— ¡ Uno nuevo, uno nuevo ! » gritaron los otros y fueron á prevenir á sus padres, y regresaron con golosinas que echaron al agua para el nuevo. « Es el mas hermoso de todos, decian. ¡ Qué nobleza, qué gracia ! »

Él, confuso, no sabía lo que hacía, tan encantado



se hallaba En vez de ensoberbecerse como tantos plebeyos medrados, tenía mas bien vergüenza y escondia su cabeza bajo el ala. Pensaba en todas las crueles persecuciones que habia sufrido, y ahora le decian el mas hermoso de aquellas magnificas aves, iba á reinar con ellas en este lago encantador ro-

deado de deliciosos bosques. Levantó entónces su gracioso y flexible cuello, abrió sus alas que hinchó el blando céfiro y resbaló con elegante abandono por la superficie de las aguas, diciéndose interiormente: « Nunca, cuando era el patito ceniciento, pensé, ni en sueños, con semejante felicidad. »



ÍNDICE

Páginas.

LA SIRENA	7
EL RUISEÑOR	45
HISTORIA DE UN PATO	71



